

«Entretejer itinerarios de esperanza»

52ª SEMANA NACIONAL PARA INSTITUTOS DE VIDA CONSAGRADA (12-15 abril 2023)

Los capítulos 13 y 14 del libro de los Números refieren un episodio muy significativo de la historia de Israel. Me refiero al tiempo de espera sobreañadido de cuarenta años, impuesto por Dios a los israelitas, después de haber empleado otros tantos para cruzar el desierto desde Egipto hasta Canaán: un total de 80 años. El relato afirma que, una vez llegados a las puertas de la tierra prometida, los jefes enviaron exploradores a recorrerla. Estos últimos descubrieron un lugar efectivamente rico y fértil, pero habitado por pueblos belicosos y bien pertrechados. Israel cayó entonces en la cuenta de que no bastaba con llegar a las puertas de la tierra prometida y entrar triunfalmente; había que conquistarla, luchar por ella, y ello sería difícil. De repente, la anhelada porción asignada por Dios, la heredad, le pareció al pueblo un regalo envenenado. Prueba de ello es que se desvanecieron las esperanzas e iniciaron las protestas contra los líderes. Una actitud que, de acuerdo con el esquema retributivo tan presente en algunas páginas de la Biblia, mereció el castigo divino y la consiguiente «condena» a vivir como nómadas durante cuarenta años más, vagando esta vez por las desérticas inmediaciones del Mar Muerto.

El texto está cargado de simbología y no voy a detenerme en desentrañar sus significados. No obstante, no estaría de más hacerlo, porque este relato también habla de nosotros, es decir, de la trayectoria de la vida consagrada —y yo me atrevería a añadir, de la Iglesia— en las últimas décadas. Ciñéndonos al caso de la vida consagrada actual, podríamos decir que nuestra experiencia es análoga a la del Pueblo de Israel en su travesía del éxodo y en su primer contacto con la tierra de Canaán. Una desgracia sigue a la otra. Llevamos décadas atravesando un desierto que no parece acabarse, años de indudable convulsión interna, marcados entre otras cosas por la hemorragia vocacional (es decir, por la merma sistemática de recursos humanos). Ciertamente, sufrimos tensiones que producen desconcierto. No pocos pasan, casi sin solución de continuidad, del ansia de novedad a la incertidumbre o la desilusión. No faltan los profetas de calamidades, pues se vive con creciente preocupación el envejecimiento y la disminución de fuerzas y presencias. En definitiva, estamos en un tiempo de prueba y purificación que, pese a todos los intentos de superarlo, parece prolongarse al infinito. Es como si descendiéramos por un terraplén que nunca se acaba y cada vez es más inclinado, aunque de vez en cuando derive en un engañoso rellano.

Dicho desasosiego, descrito a grandes rasgos, no escapa a la sensibilidad de cuantos —como el ITVR— siguen de cerca las inquietudes de las personas consagradas. Quizá por ello y sin mediar un plan preestablecido, desde la Santa Sede hasta la CONFER, pasando por nuestro Instituto, hemos coincidido este año en la necesidad de centrar

la atención y dirigir la reflexión hacia un tema tan acuciante como el que articula la *52ª Semana Nacional para Institutos de Vida Consagrada*, el de la esperanza. Podría pues decirse, sin concesiones a la jactancia, que la 52ª Semana llega en el momento justo y responde a una necesidad real de la vida consagrada hoy. Para apoyar esta afirmación, me gustaría aportar tres razones, tres porqués:

1. Hablar de esperanza no significa negar el acierto del análisis crítico que acabamos de emplear; pero el pesimismo desalentador goza de tanto prestigio que a veces se presenta como el único acercamiento válido a la realidad. Es preciso reconocer que detenerse (y a veces autocomplacerse) en la parte negativa de las situaciones es sesgado, pues toda buena crítica también apunta hacia los aprendizajes necesarios. Podría decirse que tan inapropiado es convertir al realismo en un ídolo, al que se le adjudica la condición de «señor» quitándose incluso al mismo Dios, como cerrar los ojos ante la realidad y negar la evidencia de la dureza de las situaciones. En esta compleja confluencia entre el realismo y la confianza fundamental en las lecciones de la vida, se abre de par en par la puerta al campo de la esperanza. Por ello, no puede hablarse de la esperanza como si fuera un delirio de ingenuidad, un último recurso, un autoengaño o una consolación inútil, sino como otro tipo de acercamiento a la realidad, que revela matices que el análisis meramente crítico no sabe ver.
2. Hablar de esperanza es todo lo contrario a proponer un conformismo resignado (o una resignación conformista). La esperanza cristiana no es estática sino dinámica e implica responsabilizarse y ponerse en marcha. En el relato bíblico aludido, el pueblo protesta porque Dios no le resuelve sus carencias, agudizadas tras la travesía del desierto; como hemos visto, Dios tampoco acepta el rol paternalista que Israel le adjudica. La articulación de la 52ª Semana recalca este aspecto dinámico y corresponsable de la esperanza. El mismo título lo dice con toda claridad: **entretejer** (que implica tejer juntos el paño de la esperanza); **itinerarios**, es decir, no caminos ya andados sino rutas que deben crearse, porque aún no han sido transitadas. La cadencia dinámica del título se despliega en una especie de motor de cuatro tiempos, y cada uno de los cuatro días de la Semana gira en torno a un gerundio, que evoca el movimiento y el compromiso: enfocando – recordando – subrayando – proyectando. **Enfocar** expresa el necesario anclaje de la esperanza en la realidad concreta, en el momento actual; **recordar** orienta hacia la raíz bíblica que sostiene a la Iglesia y a la vida consagrada; **subrayar** apunta hacia la apertura utópica de la vocación consagrada; y **proyectar** abre la mirada hacia el futuro, hacia un mañana que ya está germinando. ¿Acaso no es este planteamiento en sí mismo un método, un itinerario, para dinamizar/se en esperanza?
3. Hablar de esperanza no puede hacerse a la ligera, porque se trata de una virtud teologal –no de una estrategia manipulable a discreción– y porque, como ya se ha

dicho, la necesidad de reflexionar sobre este tema es perentoria. Por ello, la 52ª Semana se propone como una oferta de calidad y bien vertebrada: **buenos ponentes**, casi todos profesores universitarios de diversas sedes, algunos tan prestigiosos como el tres veces doctor Mariano Delgado, de la Universidad de Friburgo; **interdisciplinariedad**, pues se aborda el tema desde la antropología, la psicología, la sociología, la exégesis, la teología e incluso desde la experiencia (el inevitable dictado de la escuela de la vida); **igualdad**, intervienen 8 hombres y 8 mujeres; **pluralidad vocacional**, entre los ponentes están representadas todas las vocaciones del pueblo de Dios (ministerial, consagrada y laical); **universalidad** con acento femenino, desde la Unión de Superiores Generales, participa Nadia Coppa y desde la CLAR, Liliana Franco; **intercarismática** e **intercongregacional**, tanto los ponentes como los participantes reflejan cabalmente la pluralidad carismática de la vida consagrada y su voluntad de caminar juntos y trabajar unidos.

Un último apunte. La 52ª Semana se anunció hace poco menos de un mes y ya cuenta con un buen número de inscripciones, ya rondan las 300. Este año también se tiene en modalidad bimodal; se ha hecho un esfuerzo por involucrar no sólo a los religiosos sino también a la vida monástica y a los institutos seculares. Como es habitual, se harán presentes nuestros Pastores: hasta el momento, han confirmado su asistencia los cardenales Osoro y Bocos; además de los obispos Vicente Jiménez, Luis Angel de las Heras y Fernando Prado.

Muchas gracias.

Antonio Bellella, cmf
Director ITVR